

Dámaso Bonet se mira en el espejo y se encuentra bello —ese sería el adjetivo de su madre—. Tal vez demasiado pálido para su gusto, sobre todo porque el pelo es de un negro casi azul y los ojos verdes, cegadoramente verdes. Algunas mujeres aseguran que se parece a una estrella de cine; mejor que muchos famosos, dicen otras. A Dámaso, a veces, le aburren incluso los comentarios.

Su cuerpo, cuidado, musculado sin exceso, joven; ni siquiera padece los molestos síntomas de la juventud en forma de espinillas, ni el caminar desgarbado de los cuerpos aún sin ubicarse. Dámaso raya la perfección. A punto de cumplir los veinte y con el mundo a sus pies.

Sin embargo, la mayor parte de su encanto es algo parecido a una luz que ilumina esa belleza, un aura que desprende sin ser consciente: entre tierno y feroz; entre bucanero y aprendiz de brujo, que lo hace diferente, hermosamente diferente. Eso y una sonrisa que pide ser besada con pasión.

No recuerda contrariedades graves: los estudios, las chicas, la vida ha sido generosa con él. Sofía, la más bella

de las compañeras, lo eligió como pareja, o novio, o como quiera que llamen a eso de compartir tiempo, cuidados y caricias; y ha sido generosa en la entrega, tanto de sus sentimientos como de su cuerpo.

No debería quejarse, pero, desde que finalizó los estudios, siente que ya todo está concluido. Se parece al cansancio de haber llegado a la cima de una montaña y sentarse a esperar que llegue el helicóptero a recogerlo.

De pronto, Dámaso golpea el espejo y siente una frustración incómoda en las entrañas.

A su vida le falta emoción y riesgo. Es un caballo de carreras obligado a permanecer encerrado.

Se mira y ve un perfecto recipiente sin nada en su interior. Tal vez aún conserve ese sentido «romántico» de las novelas de aventuras, de las películas donde los riesgos y el vértigo dan sentido a cualquier acto.

Ante su imagen en el espejo, siente un inmenso agujero en su interior. Un agujero que necesita ser llenado... Aún no sabe de qué, o de quién.

Un agujero que añade un leve titilar a sus ojos y curva sutilmente su boca. No se atreve a reconocer el aburrimiento, tal vez por eso lo disfraza de frustración, de incomodidad...

Sale del baño, entra en su cuarto y merodea como un tigre enjaulado en busca de una salida. Si fuera capaz de ver la perfección de sus movimientos, la fácil elasticidad de todos sus músculos, el brillo de esmalte azul que algún rayo de sol colándose por la ventana logra arrancar de sus cabellos negros; si pudiera ver el destello esmeralda de sus ojos inquietos.

Si lograra verse, sentiría una profunda lástima: a un

poeta, al poeta que nunca será Dámaso, le haría pensar en un bellissimo ángel incómodo entre los jardines del paraíso; tal vez a punto de ser expulsado y convertido en príncipe del mal.

Pasa sus dos manos por el cabello, ni lacio ni rizado, con esas ondas apenas perceptibles que dan un especial volumen a su cabeza. Crispa los labios, sensuales, tibios, con un punto de acidez en las comisuras capaz de despicar a quien mira su boca, casi siempre sonriente.

Sí, se siente como un ángel hastiado de todo: de su vida, del presente y hasta del futuro. Antes, cuando aún no se le exigían respuestas de adulto, Dámaso podía soñar con convertirse en algún intrépido aventurero; el líder de alguna revolución... Sin embargo, sus mayores y únicas aventuras habían sido con hermosas mujeres, como Sofía. Casi recuerda con emoción los tiempos de las conquistas, cuando podía pasarse noches enteras en blanco recordando algún rincón del cuerpo femenino a conquistar.

Una mirada, el delicado envés de la rodilla, la ligera curva del cuello, el cálido dibujo de la oreja. Un movimiento de los hombros, el modo de caminar como sobre nubes, el movimiento sutil del pelo, el temblor de los labios antes del beso... Dámaso amaba y respetaba la belleza singular de cada una, el dulce dolor de deseo que le provocaban.

Ahora, el ángel que camina, casi desesperado, de esquina a esquina de su habitación, siente que nada de cuanto posee, de cuanto dicen forma parte de su estupenda vida, le llena, ni le emociona, ni le causa otra cosa que un empaño triste de vulgar cotidianidad.

No le queda nada por conquistar. Ningún dolor espo-

lea su estómago. Ningún reto. Ninguna alambrada para forzar. Tan sólo una planicie sin aristas, reseca y polvorienta.

Escogió la carrera correcta en la universidad: ingeniería. Tendrá un futuro brillante, sin conflictos, sin problemas. A los ingenieros nunca les faltará trabajo, si no en este país, en cualquier otro. Sofía lo seguiría al fin del mundo...

Sin embargo, le falta algo.

Algo que probablemente nunca ha tenido, pero que duele como un miembro amputado y fantasmal. ¿Se puede añorar lo desconocido? ¿Siente el paladar extrañeza por algo nunca probado?

Nicolás, su amigo de la infancia, le diría que lo suyo «son taras de niño malcriado, guapo, listo y sin problemas».

¿Tendría razón?

Pero eso no basta para aplacar su malestar. Necesita encontrar un reto, una montaña que escalar; una princesa que rescatar; un mundo que conquistar... Algo capaz de calmar la marejada de insatisfacción donde naufraga.

Y mientras, merodea por su cuarto sintiéndose enjaulado...

—¡Ludovic!

Grita el nombre sin darse cuenta; primero se sorprende, después comprende: Ludovic, nombre afrancesado de su Ludovico original, un buen día decidió que el arte era su vida, lo dejó todo y se largó a París. Tampoco dejaba demasiadas cosas tras de sí: ni éxito con las chicas, ni una mente privilegiada, ni una vida excitante... Llevaba mucho tiempo sin saber cómo le había ido; sin embargo, no

sería difícil localizar ni su dirección ni su teléfono: Lorena, la hermana pequeña, estudiaba en el mismo centro que Dámaso. No sabe cómo reaccionará Ludovic a su petición; ni eran íntimos ni siquiera cuadraban demasiado. Bueno, le pediría sólo ayuda para encontrar una habitación, no importaba cuál ni en qué condiciones.

—Me voy —lo dijo en voz alta, mirándose de reojo en el espejo del baño.

Y comenzó a hacerse realidad.

Ignoraba que todas las aventuras comienzan del mismo modo; por una decisión ni siquiera demasiado clara, pero sí urgente.

No pensó en anunciarlo a sus padres hasta el último momento: evitaba una discusión y escuchar sus muy sensatos razonamientos. Dámaso no necesitaba razonar, tan sólo una chispa de locura capaz de aplacar la ansiedad estancada en su estómago como una pesada piedra. Localizaría a Ludovic a través de Lorena, le pediría un hueco en su, imaginaba, destartalada buhardilla, sacaría todos sus ahorros, por desgracia no demasiados, y cogería el primer vuelo a bajo coste con dirección a París.

Algunas decisiones no deben aplazarse.

No celebraría fiesta de despedida.

Sin embargo, sí decidió regalarse un último encuentro con Sofía; le informaría de su partida. No lo hacía por consideración a la chica ni a los dos años que llevaban juntos, sino para comprobar que, efectivamente, ni siquiera la relación con ella lo ataba. Sólo ella podría evitar su huida (no partía, huía).

Huía de sí mismo y del vacío recién nacido.

Y dudaba que Sofía llegase a ser el freno necesario.

Mejor partir sin cabos sueltos, sin posibles añoranzas que estropeasen ese incierto futuro lejos.

Lejos de lo conocido, de lo que todos esperaban de él; de lo que él mismo esperaba. En otro escenario en cuyo aire no flotase el hastío.

Por suerte, Sofía siempre estaba disponible para él. «Pobre Sofía», pensó mientras apagaba el móvil; la hermosa y deseada Sofía, capaz de dejarlo todo para acudir a su llamada. Sin horario, sin explicaciones; feliz por recibir un guiño del hombre con quien pensaba compartir su vida.

Dámaso se sentía un estafador; pero no podía ser otra cosa, al menos en ese momento.

Decidió, como homenaje a lo mucho que había compartido con Sofía, vestir su camisa favorita, esa que según ella, le dibujaba un torso de anuncio.

Quedaron en verse una hora después de tomar la decisión. En el apartamento que les prestaba el hermano mayor de Sofía. En realidad, la familia contaba con una boda bastante inminente y les facilitaban incluso los trámites de su relación.

Ambos tenían llave del apartamento y Dámaso, comprobando que ya era la hora de la cita, decidió entrar sin llamar. Un hermoso apartamento en el centro de Madrid al cual Sofía había ido incorporando pequeños recuerdos de esos dos años juntos, como un pajarillo tratando de hacer propio el nido (muchas fotos; una concha de la playa donde hicieron el amor un fin de semana; una caricatura de los dos realizada por un pintor callejero...). Cinco años de carrera y campanas de boda: eso esperaban todos; también Sofía.

Dámaso sonrió al mirar los objetos colocados de manera aparentemente casual en cada rincón del apartamento:

le recordaron las canicas de la infancia: bellas, inútiles, de otro tiempo. Pese a entrar con sigilo, las tablas de madera crujiéron un poco. Suficiente para dar aviso de su llegada.

—Aquí, mi amor —escuchó la conocida voz de Sofía: llegaba del cuarto.

«Vaya, se ha dado prisa», pensó, encaminando sus pasos hacia el cuarto. Por un momento, Dámaso sintió paralizado cualquier deseo por aquella preciosa rubia; en realidad, deseaba evaporarse, volatilizarse. Chasquear los dedos y aparecer en la mismísima luna. O en Marte.

En un viaje de ida sin retorno.

Cuatro velas encendidas eran la única luz. A través de la ventana no llegaban sino los reflejos de neón de los anuncios publicitarios, numerosos en aquella zona de la ciudad.

Sofía, desnuda, esperaba tumbada en la cama. Dámaso constató la blancura casi de alabastro de su piel, alguna vez había pensado que, si tenían hijos, necesariamente lucirían una piel extremadamente blanca; la de Sofía no contaba ni con un lunar capaz de romper el efecto cegador. Los largos cabellos rubios se extendían sobre la almohada y los ojos, dorados, lo miraban con cierto arrobo.

Era hermosa, sin un gramo de grasa, pero con la rotundidad necesaria en caderas, pecho y trasero; deseables.

Pese a reconocer la perfección de Sofía, no la deseaba. Al menos, no como la había deseado los primeros meses. Echaba en falta la vieja avidez por su cuerpo que le habría empujado a contar cualquier mentira con tal de poseerla. El cuerpo de Sofía era rotundo, envidiable, de músculos largos: ambos detestaban las grasas, en las comidas y en el cuerpo.

¡Ese viejo deseo era justamente parte del agujero en su estómago! En aquel preciso momento, tan sólo eran dos cuerpos que aún se gustaban, que conocían el placer capaz de provocarse y lo buscaban con la sabiduría de los gestos conocidos. Nada más. Se desvistió y se introdujo en la cama. Dos hermosos ángeles sobre sábanas de raso; dos cuerpos perfectos y jóvenes como el sueño de un pintor.

Sofía se dejaba llevar, atenta a cumplir cualquier deseo del hombre, anticipándose incluso. Dos años de relaciones complementaban sus cuerpos como la perfecta máquina de un reloj. Se amaron, al menos con los cuerpos. Sí, Dámaso sintió los gemidos de ella y, en él, la ligera explosión de un orgasmo.

Nada.

Nada, al menos para lo que ahora necesitaba.

Cuando se levantó de la cama, «¿Ya me dejas?», gimió ella. Dámaso llegó a sentir incluso una ligera repulsión; o peor, un lacerante y urgente deseo por verla evaporarse, desaparecer. Sofía, en ese momento, tan sólo significaba un pequeño escollo en su decisión. Se asustó de la fuerza de aquel afán por verla esfumarse, casi comprendió a los asesinos sin razones, al menos evidentes: se puede matar por puro aburrimiento, por desidia...

¿Podía ser él un asesino?

Sus cuerpos habían respondido a las caricias, los besos y los gestos mil veces ensayados, pero, ahora, no resultaba suficiente para Dámaso. Apenas un leve arañazo cuando él necesitaba una herida honda y sangrante. Un roce de cuchillo en lugar del tajo de una katana.

La miró. Los ojos dorados derramaban tristeza, tal vez presintiendo la despedida. Dámaso se abrochó la camisa



blanca, la favorita de Sofía, subió la cremallera del pantalón y se calzó los mocasines, con el apremio de quien necesita fugarse, como un amante prohibido al escuchar los pasos del marido tras la puerta.

—Dámaso —su voz era melosa, casi empalagosa—. A veces, pienso que debería haber elegido a alguien menos perfecto que tú.

—¿Por? —Le sorprendió aquel razonamiento, encogió los hombros al preguntar sin demasiado entusiasmo.

—Porque los hombres tan guapos como tú, nunca pertenecéis a nadie.

—¡No digas bobadas! —Le palmeó ligeramente el muslo desnudo: nunca había escuchado un razonamiento tan lúcido en boca de su novia. No eran celos; Sofía nunca caería en algo tan vulgar; se parecía más bien a una sabiduría de la cual ni ella misma era consciente.

Se levantó y volvió a caminar como un tigre enjaulado, o como un hermoso ángel condenado. Notaba los ojos de ella siguiendo cada uno de sus movimientos y le molestó.

—¿Pasa algo Dámaso? —le tembló un poco la voz al preguntarlo.

—Nada.

La respuesta estalló como el tajo de una espada.

Si alguna duda le restaba para marchar, Sofía, la buena, la hermosa, la complaciente Sofía, la había disipado.

Sin embargo, no podía darle ni una sola razón para romper una relación que a todos les parecía perfecta. Ni siquiera había dejado de amarla, la quería, aunque ahora le parecían dos cosas tan diferentes como el agua y el aceite. Desgraciadamente, quererla ya no era suficiente. Ni el recuerdo del antiguo deseo, ni la ternura.

Pero tendría que dar una explicación, por estúpida que fuera, por incomprensible que resultara. Algo capaz de no esperar respuesta. Como un fogonazo, recordó a la madre de su padre, Raquel, el día de su nonagésimo cumpleaños, cuando confesó, a medias entre la burla, la ironía y las ganas de reírse de todos: «Sólo me ha quedado un deseo por cumplir. Ser poeta».

¡Poeta! ¿Quién trataría de razonar ante tal decisión? Con suerte, sus padres pensarían en un sarpullido pasajero, incluso sonreirían benévolos: una locura realizada a tiempo, evita locuras a destiempo.

Sofía lo notaba en otro universo, muy lejos de ella. Recordó cuando Dámaso le aseguraba que, si la perdiera, moriría. Al final, el único muerto había sido el deseo.

—¿Desde cuándo no me deseas, Dámaso?

—¡Claro que te deseo! —protestó sin demasiada credibilidad.

—Mira, Dámaso, se pueden fingir muchas cosas: la bondad, la buena educación... Incluso el afecto; pero nunca el deseo. Y tú ya no me deseas.

—Sofía, acabo de demostrártelo.

—Justamente me has demostrado lo contrario: hemos follado, vale, pero casi con la rutina de dos viejos amantes. O peor, con la rutina de un matrimonio. —Se estremeció un poco al decirlo, sin dejar de mirar a Dámaso, que ni se escandalizó ni trató de desmentirlo abalanzándose sobre su boca.

—Bueno, el tiempo... —¿A quién pretendía engañar?—. Ya sabes, las cosas se van tranquilizando.

—Esto... —Sofía golpeó las sábanas entre sus muslos abiertos—, esto no fue tranquilidad, querido mío.

—Vale, como quieras.

Se sirvió del enfado de Sofía para salir del cuarto, del apartamento y de su vida, sin una triste explicación.

¿Se sintió un canalla? Levemente. Sin embargo, no lograba sentirse demasiado culpable.

Una travesura casi inocente.